



Seix Barral

Constanza Michelson

Nostalgia del desastre

Variaciones sobre el odio, el aburrimiento y la ternura





Seix Barral Biblioteca Breve

Constanza Michelson

Nostalgia del desastre

Variaciones sobre el odio, el aburrimiento y la ternura

VER

*Tendré que crear sobre la vida.
Y sin mentir. Crear sí, mentir no.*

Clarice Lispector

Nació con un disparo. En 1985 el padre quiso matar a su mamá. Ella tenía siete años. Vio la escena desde su cama, con un ojo descubierto y otro tapado con la sábana. Hay cosas que no se pueden ver de frente, como enseña el mito de la Medusa: a diferencia del terror que provoca la huida, el horror petrifica. Se paralizó; su mamá no, ella corrió. Le decía que llamara a su hermano mayor, pero la niña no pudo moverse. Vino su hermano, forcejeó con el padre, se cayeron los juguetes de la repisa del mueble blanco que había comprado su mamá hacía poco y que combinaba con la cómoda y las camas, la suya y la de ella; dormían juntas, su hermano menor estaba al medio, en la cuna, al parecer no despertó. En un descuido del padre, su mamá y su hermano salieron por la ventana. No supo de ellos por un tiempo. No pudo calcular cuánto, porque el tiempo mismo estalló.

Hay días raros, días que precipitan todo el enigma del mundo.

Existen acontecimientos que generan un cambio brusco; cuando suceden no es claro si algo termina o comienza. Como una guerra, ¿no? ¿Dónde se puntúa un conflicto? ¿Hace cinco minutos, cuando reventó? ¿O hace diez, cincuenta o cientos de años? ¿Cuándo lo das por concluido? ¿Cuando dices nunca más o firmas un acuerdo de paz o de divorcio o alguien te da el alta o logras vengarte o tienes un sueño y abres los ojos y dices “ya está”?

Tras el desastre no solo las puntuaciones quedan en suspenso, también los lugares. Ocurren desplazamientos hacia zonas intermedias y de tránsito, purgatorios diversos que son como estados de excepción, pero de la vida. Es una extraña situación política: ¿quién eres?, ¿hay dónde volver? Ella, la niña, perdió la memoria, no del incidente, sino precisamente de los días del tiempo suspendido, el tiempo sin mamá.

Si el tiempo se puede romper es porque no es una cosa fija, sino una idea. No basta la sucesión de instantes para que el tiempo sea una situación. Perfectamente puede ocurrir que el espacio quede vacío de tiempo, como en la locura o el alzhéimer, pero también cuando se nos rompe la vida. Quizá sea más exacto decir que a veces podemos caer del tiempo y morir un poco con él: la memoria queda alterada, como si la existencia previa fuese algo artificioso. El movimiento del reloj se experimenta como una máquina infernalmente regular que estrecha el espacio y lo vuelve asfixiante. Como el tiempo en una sala de espera, donde, de tanto esperar, olvidas esperar algo. Existe un tiempo sin fe.

Esa forma de experimentar el tiempo es lo que a veces la fantasma, lo intuye, y le llama aburrimiento. Aunque sabe que no es el aburrimiento normal, aquel

que se pasa cuando encuentras algo para pasar el rato. Lo describiría como un dolor invisible, pero distinto a un dolor, por ejemplo, de muelas. No tiene esa precisión. Podría ser más parecido a la molestia de los niños que no pueden llevar etiquetas en la ropa; a ella también se le irrita la piel, pero por dentro.

Los días siguientes al incidente no hubo palabras. Sus recuerdos son breves. Es posible que algunos sean presunciones. Sabe que su mamá se fue y asume, porque no lo recuerda, que ella se quedó en la casa con sus hermanos, la niñera y el padre. Sabe que su mamá vino a buscarlos con policías y un camión de mudanza, eso lo recuerda, y sabe, porque se lo dijeron, que pasaron dos semanas entre una cosa y otra. Había asumido por mucho tiempo, porque no lo tiene registrado en su cabeza, que fue al colegio, aunque después leyó en el expediente judicial que el padre dijo: “Los niños están abandonados, no van al colegio”.

Lo que sí recuerda con la fuerza de una verdad rotunda es la sensación. De que nada, por mucho tiempo, tuvo la textura de la cotidianidad. Dar por sentado que existe la realidad —aquel artefacto que permite levantarse en la mañana sin pánico a morir y que obliga a detenerse en los semáforos— es un error. La realidad es un consenso con el espesor de una tela de cebolla. Caer un solo peldaño por debajo de la realidad genera no únicamente extrañeza, sino también una súbita conciencia del silencio fuerte de la verdad última del mundo: una conciencia desesperante de ser unos cuantos kilos de carne y hueso. Como una verdad científica, pero sin la vanidad del descubrimiento. Una verdad grado cero. El mundo, así, carece de secreto, y como todo lo que sacrifica su secreto, se vuelve tedioso, pero de un modo mórbido.

No es casual que el tedio crezca por las tardes, después de que el sol alcanzó el punto más alto, y les robe a las cosas su sombra. Una tarde es un modo de ver. Y ella, la niña, al crecer se convirtió en esa clase de persona que se las arregla comiendo. Es su pequeña adicción para pasar la tarde, ¿quién no las tiene? A ratos es como una delincuente menor, mediocre, que repite un picoteo ratonil. Comer así, sin hambre, con una boca aburrida, nihilista, es terrorismo oral. Una nutricionista le dijo que estaba inflamada. No lo podía creer, habría preferido algo más corto y nítido, como la palabra *gorda*. Pero la experta tenía razón, la inflamación es un estado intermedio entre la salud y la enfermedad, y ella no estaba exactamente enferma, sino eléctrica como un animal que se come su caca. Un animal que pierde su belleza.

Desde luego, esa niña no estaba enterada de la profecía nietzscheana de que “el desierto” crecería en los próximos siglos, pero si le hubiesen dicho que eran las tardes y su estupidez y calor punzante lo que nos acecharía, eso lo habría comprendido al instante. El mundo cambia, se pierden sentidos y nacen nuevos, pero otra cosa distinta es que la posibilidad misma de *hacer* sentido quede alterada. Ella, la niña, supo que, en situaciones como esas, el espacio adquiere una cualidad distinta, pegajosa.

Descubrió esto: la nada respira.

Para ella, la niña, como lo es para cualquiera, enfrentar esa nada es el tema de su vida. Y si lo pensamos, cada época también tiene su tarde, su inflamación y sus remedios.

De esa clase de nada es de la cual quiero hablarles.

Algo se acabó esa noche. No solo una casa donde unas personas se agrupaban bajo la denominación “familia”, sino que se cortó un hilo más largo que abrió un agujero en la memoria. No fue el incidente mismo, esa es la parte espectacular solamente, la parte traumática: ¡pum! Y pese a que el miedo a la muerte es quizá la emoción más intensa de todas, fue lo que vino después. Perdió la historia.

Su mamá procuró llevarse lo que más pudo de sus cosas, seguramente por un asunto material, pero la función íntima de todos esos objetos fue la de la hilacha para preservar algo de continuidad. Pasado el tiempo, su madre nunca se deshizo de nada, fue acumulando ruinas, no recuerdos. Del incidente no se habló más.

Por el contrario, el padre fue desperdigando todo en cada uno de sus cambios: abandonaba las cosas, otras se las robaban sus propios amigos, lo que parecía no importarle, como si fuese un código entre piratas. Cada cambio que hacía era un descenso a un lugar más parecido a una catástrofe que a una casa. Las cosas nunca terminaban de tomar el lugar que debían, estaban amontonadas, no diría que desorden fuera la palabra que lo definía, sino desajuste. Su último hogar fue la casa de su madre muerta. No se sabe qué hizo con las cosas de su vida anterior, se instaló entre las de ella que dejó intactas; la casa era una especie de mausoleo lleno de objetos demasiado quietos. Hay casas que son formas de incestos raros: atrapan a los hijos.

Ella, la niña, pudo recuperar las fotos de infancia varios años más tarde, a medias; estaban guardadas como despojos de una vida de hace cien años, en una bodega enmohecida de alguna de las casas por las que

transitaron. Al verlas, cayó en la cuenta de que había perdido su imagen infantil.

Su yo la mira: las fotos, como un espejo roto, le devolvían una imagen que le resultaba ajena, quizá hasta hoy, tanto como a veces le resulta ajeno su nombre.

Lo que vino después fue como haber empezado otra vida, como podrían ser las vidas de quienes caen en los programas de protección de testigos, o de espías o criminales fugados, todos los que deben olvidar que antes tuvieron una historia. Su mamá comenzó otra vida, porque, afortunadamente, en la adultez enamorarse es una manera de volver a empezar. Pero en la infancia el enamoramiento es con los padres, o al menos con la idea de ellos, aunque sean padres inútiles. Y la interrupción de una historia, donde además se borran las huellas, desaparecen las fotos, no hay parientes ni amigos de la familia en los que reflejarse, la madre se convierte en otra, la hermandad se diluye, los hijos no logran descifrar cuál es su lugar en la nueva situación y la única evidencia de que existió una vida anterior es el integrante al que no quieres ver, el que quedó petrificado en el tiempo: el padre. Todo eso crea una especie de orfandad extraña.

Una orfandad de historia: nada que contar en el colegio. Nada que contar a la vuelta de las vacaciones, porque cada verano se convirtió en cien años de nada, de calor, de un sol que crispa los nervios. Las personas como ella, la niña, intentan curarse de esa clase de orfandad huyendo hacia lo que llaman “vida propia”. Cosas que suelen ser las aventuras y los amores que un hijo creará de grande. Por eso no es extraño que exista una clase de huérfano —aunque técnicamente no lo es, pero

flota demasiado— que hace cosas de grande sin antes ser chico. Como los niños que fuman y tienen bigote, y las niñas, como la niña, que se sienten un poco putas, porque desde muy pronto suponen que el sexo es lo que las hará crecer.

Desde que tiene recuerdos, la niña, ella, quiso ser grande. A los siete dijo: nací de cincuenta años.

Apenas cada uno de los hermanos pudo, se fue, diría que, con mayor o menor disimulo, corriendo. Y es que el después del incidente se experimentó como una diáspora; no es seguro que los hermanos y la madre volvieran a sentirse en casa juntos. Los actos son como confesiones y lo que cada uno pudo hacer ese día y los días posteriores fue gravitante. Ellos lo niegan o no lo quieren saber. Ella, la niña, ve desde un ángulo oblicuo, ve a los hermanos mayores al medio de todo: la hermana adolescente no atestigua contra el padre, no se va con la madre y los demás. ¿Por qué se quedó? El expediente dice que una vez le llegó una golpiza. La madre le había pedido que la acompañara a seguir al padre y a su amante; fueron sorprendidas. Luego, lo de siempre: la pareja se reconcilia, ella, el golpe, la envían a un viaje con el padre —a quien apenas conoce— para reencontrarse, le dicen. Ella vomita en la pieza del hotel. Pero le confiesa a ella, la niña, “descubrí que él también podía ser tierno”. ¿Por qué se quedó? Sintió que la abandonaron, la madre sintió que la hija la traicionó, también el hermano mayor, pero nadie lo dijo; la hermana no soportó demasiado, volvió con la madre, peleó con el hermano mayor, este se fue de la casa siendo aún muy joven, demasiado, se creyó grande, pero no lo era, tuvo a su primer hijo, más tarde peleó con la madre, una vez, mil veces, todos pelearon

con todos, menos el menor; ¿cuánto tiempo hicieron como que seguía durmiendo en la cuna mientras sucedía todo? Los hijos son lo que queda de las guerras. Un pegamento se disolvió, sin embargo, se buscaron siempre, son como cosas que chocan, pero existe un amor así; sí, sí, se quieren, porque se buscan y hacen chistes acerca de ellos mismos; pero a las cinco en punto, de manera inapelable, deben separarse.

Ella, la niña, incluso después del después, siguió experimentando la sensación de tránsito. A veces se acercaba a sus hijos para olerlos sin que lo notaran, para recordar que ella era de ahí. Quizá sea una consecuencia de salir corriendo de una vida. O tal vez, amplifica un melodrama universal —suele exagerarlo todo—; mal que mal, en la vida se sale todo el tiempo, crecer es salir, la aventura es salir, desear es salir; aunque, a la vez, buscar regresar a un origen es un vicio duro.

Por eso no bastan las historias propias. Las personas acuden a sus genealogías para decir algo sobre sí mismas. Algunos cambian el orden de sus apellidos para pertenecer, o la forma de pronunciarlos, para presentarse socialmente; otros se hacen una prueba de ADN buscando a sus ancestros en la mitocondria, otros directamente se inventan un nombre, pero no es seguro que con ello se liberen de su pasado. Algunos acuden a la genealogía para ser parte de algo; ella buscaba algo desesperado: quería parientes en el más allá. ¿Si moría quién iba a recibirla? Si ni siquiera ella recordaba su imagen de niña, ¿cómo la reconocerían todas esas personas que, vivas o muertas, nunca más estuvieron en la historia?

Quería ser grande para al fin empezar una vida propia, pero también porque les temía a los otros niños, sobre

todo a los demasiado seguros de sí mismos. Comenzamos temprano a percibir la crueldad, su lógica piramidal. Hay niños que sufren por la locura de los padres, pero diría que la crueldad se aprende con los pares.

En las dinámicas sociales lo primero es un leve caos: nos comportamos como partículas que chocan entre sí, ocurren alianzas y rivalidades de uno a uno, todos con todos, todos contra todos, uno quiere lo que el otro tiene, lo imita, lo ama, lo odia, lo admira, lo envidia. Llegado a un punto de calentamiento, el todos contra todos se ordena en un todos contra uno. Se arman grupos, bandos, surgen nombres para identificar el “nosotros”, el “ellos” y el chivo expiatorio. Notamos temprano que la crueldad se basa más en una forma de categorizar que en un asunto concreto contra alguien: esto último se resuelve uno a uno. Es un error pensar que el matonaje escolar, incluso la guerra, se produce por un odio inherente a lo diferente; la crueldad es ante todo efecto de una lógica que crea categorías: los de arriba y los de abajo, los normales y los raros, nosotros y ellos, los buenos y el impuro. Se puede ser cruel sin odiar. En un grupo alguien se vuelve un chivo expiatorio y otro es quien tira la primera piedra.

Permítanme una digresión sobre la primera piedra. No debe ser casual la importancia que se le da al detalle en la Biblia. Me he preguntado si existe algo así como un catastro de estos personajes. ¿Comparten algún rasgo de personalidad? ¿Habría que temerles más que a los sicópatas mayores? Al menos estos no ocultan su maldad. Mientras que estos canallas menores camuflan su crueldad en la moral y encuentran apoyo y sabemos por qué. Sería una hipocresía negar el placer de la destrucción.

Erwin Kern y Hermann Fischer tiraron una primera piedra en 1922. A propósito de tardes, hay una especialmente larga, cuando el sol alcanza su posición más alta en el cielo, al quedar la Tierra inclinada hacia la estrella en 23°27'. Un par de días después del solsticio de verano en Alemania ocurrió un incidente que si bien indicaba ciertos grados de inflamación social, aún no era posible predecir la enfermedad que se incubaba. Esa mañana Walther Rathenau, ministro de Exterior de la República de Weimar, fue asesinado por Kern y Fischer: uno le disparó, otro le lanzó una granada. Lo que resultó inquietante para la opinión pública fue su declaración ante el juez: afirmaron que se trataba de un asesinato sacrificial ofrecido al dios sol de la antigua religión germánica. No eran dos locos esotéricos, o bien sí lo eran, pero esas ideas comenzaban a ser algo serio. Cuando las cosas son dichas de manera seria, aunque sean locuras, parecen importantes; más aún si son dichas por gente seria. Y así fue como ocurrió con el Völkisch, el antimodernismo que tomó impulso tras la ruina de Alemania post Primera Guerra Mundial. Primero era una cosa menor, un tema de campesinos y artesanos que se oponían a la industrialización. Pero se tornó realmente peligroso cuando empezó a expandirse en los círculos académicos e intelectuales. Algunos grupos tomaron el antiguo símbolo solar, la esvástica, y resurgió la vieja costumbre de celebrar el solsticio. Los grupos racistas y esotéricos se multiplicaron, entre ellos la Liga Cultural por la Política, que además presentaba un particular fanatismo por un nuevo tipo de pan integral.

Es temprano cuando aprehendemos la existencia de esos secretos de la vida social; algunos más que otros

aprenden a esquivar estos callejones sin salida; otros quedan contra la espada y la pared. Ella, la niña, identificaba a estos instigadores, a algunos de ellos: a la pecosa insolente, ciertamente más inteligente que los demás, al gordo mafioso del lunar al que todos los niños hombres seguían, a la bonita que usufructuaba de ese poder divino que otorga ser morena de ojos claros y que las tetas te crezcan antes que a las otras. Todos ellos compartían un rasgo: iniciar las intrigas y ser amos de la clasificación; moralistas oscuros quienes tenían el poder de poner sobrenombres y decidir quién es quién. Aprendemos también que ser chivo expiatorio puede ser absolutamente circunstancial, pero lo facilita no ser parte de una historia compartida. Se encierra a una persona en una categoría cuando no puede contar su historia, o bien, nadie se la pregunta. Ella temía que su silencio provocado por la vergüenza de lo que pasaba en su casa, y luego la sensación de orfandad que la convirtió en una isla, la dejaran demasiado vulnerable. No era capaz de sumarse a ningún bando, le costaba estar en grupo, no sabía defenderse. Pero sí huir, camuflarse, desviar la atención y aguardar. Elaboró técnicas de supervivencia, por ejemplo, ir de aquí para allá.

La sensación de que el mundo se volvía anómalo se asomaba cada verano aburrido; en cada ruptura sentimental; en cada fin de etapa; cada vez que se acabó o perdió un trabajo; ante cada grieta en la vida: el mismo miedo, la misma sensación de no saber qué hacer, como si el mundo le quedara grande y fuese incapaz de hacer un mapa. En momentos así podría quejarse de sentirse sola, pero eso solo sería echar mano a una expresión repetida. No es soledad lo que experimentaba, porque

en la soledad aún tienes orilla, y por lo mismo reclamas compañía. Le queda mejor la palabra *desolación*, palabra que viene de estar privado de todo consuelo. Hay estados en que ni la compañía ni las palabras contienen a esa nada palpitante. No tengo una explicación para ello. Pero puede ocurrir que las palabras —y la compañía— caigan como cáscaras vacías. Una señal de catástrofe interior es hablar como el muñeco de un ventrílocuo.

A veces decía esto, pero sin mí: el padre quiso matar a mi mamá, mi mamá se fue, fui al colegio como siempre. Perdimos las fotos, no me conocí hasta grande.

Las personas casi siempre se quedaban calladas y veía la dilatación de sus pupilas (pensaba: mala señal).

Es posible que las palabras sean inútiles cuando es la nada la que triunfa. Ya lo decía, esa cosa está viva. Pero también cuando te convences de que no hay nada más que decir frente a un hecho explicado.

Por ejemplo, si explicamos la escena del dormitorio, lo ponemos más o menos así:

Caso de violencia doméstica provocado por el descontrol de la ira y la adicción a las drogas del perpetrador. Hoy se reconocería: considerar el asunto de género, la violencia machista. Los síntomas de la niña corresponden a los del trastorno postraumático.

La virtud de una explicación es que la abstracción y generalización nos permiten desapegarnos afectivamente. Explicar es una forma cerebral de ordenar el mundo, pero no garantiza que, digamos, de noche te sientas mejor. Hay

situaciones que pueden ser solo soportables si se convierten en algo narrable. Así puedes mirar desde diferentes ángulos y comprender lo incomprensible —un poco—, pero sobre todo una narración permite que alguien se invente:

Nací con un disparo. En 1985 el padre quiso matar a mi mamá. Yo tenía siete años. Vi la escena desde mi cama, con un ojo descubierto y otro tapado con la sábana. Hay cosas que no se pueden ver de frente, como enseña el mito de la Medusa: a diferencia del terror que provoca la huida, el horror petrifica. Yo me paralicé; mi mamá no, ella corrió. Me decía que llamara a mi hermano mayor, pero no pude moverme.

En la narración, ella, la niña, se inventa a sí misma en la puntuación. Su historia es la historia de los ojos, de uno que ve y otro que no. Sin embargo, la sumatoria de la explicación y la narración no completan el asunto, hay algo que resta. Ese algo aparece en otra forma del decir: la declaración. Declarar es intentar ser fiel a la verdad, se habla como si se tomara una fotografía; la posición es la del testigo. La escena se presenta con los detalles que después serán las pistas. El testigo dice sin saber todo lo que dice.

Junio 1985, del expediente: Vi que mi papá le apuntaba a mi mamá con una pistola cerca de la frente. Ella me pedía que llamara a mi hermano. Yo no me atreví, me dio como una cosa. Después llegaron mi hermano grande y mi hermana; ella se sentó en mi cama, se quedó mirando.

Esa “cosa” —que también es la mirada de la hermana— es el detalle que falta al recuerdo, su *vibrato*. Esa cosa es

también la verdad grado cero, aquella que no se puede soportar demasiado para vivir. Recordar realmente esa “cosa” significaría gritar de espanto cada noche. Y, a la vez, es ese agujero de carne el que echa a andar el motor de la vida, obliga a hacer algo. Es como encontrarse una araña adentro del zapato. Es en esa clase de encuentro —como lo describió Cortázar—, cuando pasa algo así, algo raro, que la extrañeza te obliga a hablar y contárselo a alguien.

Esa “cosa” es lo que del incidente quedó en los ojos. En uno, en realidad, en el que dejó abierto para registrar lo que pudo ser una historia, pero no fue. Pienso: eso debió salvar algo. Un solo ojo es como dejar al menos un pie afuera de la escena y así quedar disponible para otros cuentos. Basta haber salvado un ojo para hacer una vida normal, mientras que el otro genera una especie de error, chispas de cortocircuito, pensamientos despojados de alguien que los pueda pensar. Los pensamientos sueltos pueden asaltar de otros modos, en pesadillas o en exageraciones ante situaciones mínimas. Básicamente, pueden llevar a comportarse como una persona un poco loca, no demasiado para llegar a tener un diagnóstico, pero sí como alguien que en ocasiones dice cosas raras, descarnadas. Sin embargo, hay ocasiones en que es precisamente una locura la manera adecuada de hacer algo con lo que no pudo ser dicho. Hamlet hablaba como un loco. También Antígona. Dicen que cuando el mundo está fuera de quicio, la lengua da un salto de una octava hacia arriba. Hablar como hablan los locos puede ser una resistencia a la perversión del olvido que ocurre justo antes de recordar, o sea, que más que olvido es borramiento: borrar y mentir.

Un par de meses antes del incidente, una tarde de marzo, hubo un terremoto magnitud ocho. A esa edad, ella, la niña, ya sabía que la Tierra, como cualquier organismo, no puede quedarse tanto tiempo en la misma posición, la vida cruje y busca acomodo; sabía también que nació en el borde de dos placas terrestres, por lo tanto, cada cierta cantidad imprecisa de años debía estar preparada para una catástrofe. Pero ¿tenía sentido que en un país tan angosto ocurrieran sacudidas de esa magnitud? ¿Qué tipo de broma era esa? Su geografía, junto a una cordillera monumental —que algunos consideran una protección y otros una causa de asfixia—, provoca que lo que queda tras ese gran muro sea apenas un valle que perfectamente podría ser no un país, sino la orilla del planeta: un lugar donde todas las olas del mundo revientan.

Pese a saber que los desastres naturales existen, y que hay lugares donde las sacudidas se ensañan, nunca nos acostumbramos a ellos. Cada evento muestra el desarreglo entre lo que sabemos y la experiencia. Es común que, frente a las catástrofes de este tipo, sucedan todo tipo de crisis existenciales: las personas cambian el rumbo, se divorcian o empiezan algo. Quizá porque rozamos algo fuera de la historia podemos decir que somos testigos de que en la naturaleza no hay guerra; si la Tierra ruge cada cierto tiempo, lo hace como los animales, sin reciprocidad ni conflicto con los humanos. No hay negociación. Esa experiencia lleva a perder la fe en el control, comprendes que la Tierra puede traicionarte, pero al menos queda el consuelo de la solidaridad humana que se exalta después de los desastres naturales. Solo unos meses más tarde, en junio de ese año, comprobó que las catástrofes humanas generan algo peor: pueden llevar a perder la fe a secas.

Aunque no lo recuerda, los días después del acontecimiento, dos semanas infinitas de una quietud desesperante, debieron sentirse como la ciudad después de un terremoto: arruinada. Todo lo que pudo haber comprendido y amado se pulverizó. En todo caso, dicen que no solo las víctimas de un acontecimiento violento quedan en silencio, sino también los victimarios. Tras el crimen sufrirían una mimesis con el silencio de la víctima. Un silencio inhumano. A su mamá la ha imaginado corriendo, pero nunca ha pensado en qué cara puso el padre después del incidente.

La imagen del feminicida argentino Fernando Farré: la fotografía justo al momento de su captura, poco después de su crimen. La mirada es una confesión, la confesión de que, vuelto una lagartija lenta, ingresó a la vida cruda y húmeda; de un salto salió eyectado de la ficción de lo cocido, es decir, de la cocina y las historias.